

LOS JILGUEROS Y EL ABETO PARTE II

Palabra clave: Compartir

Todos los días, Juanito venía y se sentaba bajo el abeto y observaba a los jilgueros hacer su nido. Cuando estuvo terminado, la pequeña novia jilguero se sentó en él, y su esposo le traía gusanos, insectos y otros alimentos y se los ponía en la boca.

El Espíritu del Aire estaba fuera tratando lo mejor que podía de conseguir que las ondinas y las sílfides hicieran llover para que su amigo el abeto no muriera de sed. El abeto había dejado de intentar aconsejar a los jóvenes jilgueros recién casados que no hicieran su hogar entre sus ramas; simplemente no querían escucharla.

Pronto volaron hacia las ramas del abeto algunos parientes de los jilgueros. Vinieron a asistir al nacimiento de los nuevos jilgueritos bebés, que estaban a punto de eclosionar, y habría grandes celebraciones y regocijos. Por fin llegaron los bebés, pero el papá pájaro no permitía que nadie se acercara a ellos; se volvió muy importante. Él, por supuesto, tenía que proveer para las cuatro pequeñas bocas y también para la mamá, porque no la dejaba abandonar a los bebés todavía. Cuando por fin le permitió salir del nido por un breve momento, la llamaba todo el tiempo, "pío, pío", hasta que ella volvía al nido otra vez.

Todos eran tan felices que Juanito comenzó a pensar que quizás el Espíritu del Árbol se había equivocado. Pero igual seguía viniendo al árbol todos los días. Entonces, un día, el Espíritu del Aire vino apresuradamente a cincuenta millas por hora y le dijo al Espíritu del Árbol que el comité de sílfides y ondinas había decidido enviar un buen chaparrón de lluvia, y que los gnomos también se estaban preparando para recibirlo. Dijo: "Si logramos que los salamandras se unan, será muy divertido".

"¿Cuándo esperas que llegue la lluvia?", preguntó el abeto.

"Oh", dijo la sílfide principal, "cuando la Luna esté en el signo acuoso de Cáncer. Entonces durará varios días, y obtendrás suficiente bebida para que te dure mucho, mucho tiempo". Luego se alejó volando.

Juanito oyó que el Espíritu del Árbol les preguntaba a los jilgueros por sus bebés y les decía que se avecinaba una gran tormenta, y que esperaba que los bebés no se mojaran. Pero el papá jilguero solo se rió del Espíritu del abeto; estaba demasiado feliz y demasiado ocupado para prestar atención.

Cuando Juanito se fue a casa esa noche, le pidió a su madre que averiguara cuándo la Luna estaría en Cáncer, y le contó lo que había dicho el Espíritu del Aire. Mamá descubrió que la Luna estaría en el signo de Cáncer dentro de dos días. Juanito estaba muy emocionado, especialmente la mañana del segundo día, porque el Sol no brillaba y el cielo estaba todo nublado. Se fue oscureciendo cada vez más. Cayeron unas pocas gotas grandes de lluvia solo para avisar que venían más, y a lo lejos había relámpagos; los salamandras se estaban activando. El viento se hacía más fuerte y el cielo más oscuro con feas nubes negras, y todos los pájaros trataban de llegar a sus nidos antes de la tormenta.

Juanito vio que los jilgueros y sus bebés estaban escondidos en las ramas del abeto y todos los demás pájaros estaban apiñados juntos cuando, ¡pum! sonó un gran trueno. Entonces llovió torrencialmente, y los árboles se inclinaron casi hasta el suelo. Juanito no se atrevió a esperar a ver más, porque le había prometido a su madre que no se quedaría fuera durante la tormenta. Casi no pudo dormir esa noche pensando en los jilgueros. La tormenta duró hasta el día siguiente.

Lo primero que hizo Juanito cuando pudo salir fue correr al parque. El suelo estaba todo cubierto de ramas rotas de árboles, los desagües de agua de lluvia estaban obstruidos y las calles estaban parcialmente llenas de agua. ¿Y qué creen que vio Juanito? Pues que el gran abeto estaba completamente desarraigado y yacía en el suelo, sus raíces arrancadas de la tierra. Posados en una rama del árbol estaban los jilgueros padres, apiñados y mirando hacia abajo entre las ramas. Ambos llamaban "pío, pío" a sus bebés, pero los bebés se habían ahogado. Eran demasiado pequeños para volar, tal como el bondadoso abeto había dicho.

Juanito escuchó pero no pudo oír voces, y entonces supo que el Espíritu del abeto se había ido a casa con el Espíritu Grupal. Trepó sobre las ramas caídas para ver si podía encontrar a los jilgueritos bebés. Estaban en el suelo debajo del árbol, y no pudo alcanzarlos. Luego se apresuró a ir a casa y le contó a su madre todo lo que había visto; y lloró porque sentía mucha pena por los pobres jilgueritos, los pájaros papá y mamá, que quedaron completamente solos.

Así que ya ven, es mejor escuchar a los mayores que nosotros, que son mucho más sabios, ¿no es cierto? Si los jilgueros recién casados no hubieran sido tan tontos, podrían estar felices hoy con su pequeña familia.

En nuestra próxima historia les contaremos más sobre Juanito y el Espíritu del Aire.

.